

El fervor democrático quiteño: ¿un mito, un sueño o algo sustancial?

Teodoro Bustamante
Profesor-investigador de Flacso-Ecuador

Email: tbustamante@flacso.org.ec

Fecha de recepción: mayo 2005
Fecha de aceptación y versión final: agosto 2005

Resumen

Este artículo propone entender el discurso sobre la revuelta política de abril como un conjunto de dispositivos que lo mitifican, lo incorporan a matrices dicotómicas de comprensión de la realidad política, y que -al mismo tiempo- neutralizan el contenido disruptivo que el movimiento tuvo -consistente en postular una defensa de la democracia como forma política, en una sociedad que la niega sistemáticamente-.

Palabras clave: revuelta política, democracia, mitificación, Ecuador, discurso político

Abstract

This paper suggests that the discourse about the April revolt in Ecuador is a mechanism to reintroduce those events in a mythic, dichotomist comprehension of Ecuadorian political reality. In this process, the disruptive content of the revolt, the affirmation of democracy in a society that denies it, is diluted.

Keywords: Political revolt, Democracy, Mystification, Ecuador, Discourse

Los acontecimientos políticos del mes de abril constituyen un fenómeno que presenta paradojas. Lo que en cierto momento fue percibido y presentado como una irrupción de una nueva ciudadanía parece desvanecerse como espejismo, pues lo que se mostró como una fuerza -que pudo lograr la destitución de un presidente- está produciendo cambios políticos que son de poca monta. Si consideráramos que la principal consecuencia del movimiento de abril fueron las reformas políticas propuestas, resulta sorprendente que ni siquiera respecto a temas como los de la constitución de un Tribunal Electoral encontremos acuerdos claros. Más aún, no sería raro que en la gama de discursos de reforma que se han lanzado, las medidas que realmente se impongan sean aquellas que cierran la democracia, o se alejan de ella.¹

En este artículo pretendemos mostrar que esta aparente paradoja se relaciona con una visión que hemos llamado mitificada del proceso de los forajidos. En ella se propone que existe un mundo de política corrupta, perversa, degradada, que se manifiesta y expresa con Lucio Gutiérrez; un mundo que es enfrentado por una nueva política en la cual la participación popular en el movimiento de los forajidos inaugura una nueva ciudadanía. Un tipo inédito de democracia, que habría estado a punto de lograr la transformación del sistema político y tal vez del conjunto de la sociedad. Esto que describo es un discurso mítico, que busca ordenar la realidad a través de oposiciones simplistas y dicotómicas y que, desde mi punto de vista, no tiene casi ninguna utilidad para explicar los hechos. Esta mitificación no explica la realidad, sino que la inscribe en un orden determinado. En este sentido, la codifica y permite que a través de este proceso los elementos subjetivos que esa realidad despierta

ta sean “contenidos” por una estructura que le da sentido. Sin embargo, esta mitificación es además mistificación, en la medida en que uno de los efectos más importantes de esta construcción es la de borrar, ocultar, la realidad, mostrándola de una manera sustancialmente diferente a lo que fue. Con ello negamos no sólo las cosas desagradables de la realidad, sino también las posibilidades que ofrece.

La caracterización del gobierno de Gutiérrez escapa a los objetivos de este artículo y hay ya algunos textos que aportan a esa discusión². Nos limitaremos a señalar algunas dinámicas de su colapso. Recordemos que luego de haber destruido la alianza con Pachacutik, ese gobierno estableció otra con el Partido Social Cristiano. Esta alianza también se rompió y Gutiérrez decide contra-atacar. El Coronel es consciente de la tradición de la oligarquía: establecer alianzas de extorsión en las cuales se obtienen crecientes prebendas, pero una vez que estas son aseguradas, la oligarquía es partidaria de los gobiernos desechables. Gutiérrez sabe esto de manera muy cercana. Le tocó vivir el proceso como edecán de Bucaram, fue nuevamente parte de la lógica para desechar al gobierno de Mahuad y sabía que esto es lo que se le venía.

Toma una decisión, en cierto sentido arriesgada, osada: decide asumir las banderas anti-oligárquicas; arma una alianza con diversos sectores populistas, MPD, PRE y PRIAN. Pero para negociar con ellos, está obligado a ceder en lo que ellos le exigen. Se trata solamente de ciertas violaciones constitucionales. Lo cual ya se ha hecho. Otros sectores políticos lo harían si correspondiera a sus intereses y si las demás fuerzas políticas se lo permitiesen.

Las medidas generan la reacción de una oligarquía que se vio herida en su capacidad de disponer a su arbitrio de las Cortes de Justicia. Comienza entonces un forcejeo en el

1 Tales sería por ejemplo los casos de las propuestas de distritos electorales, formas de representación corporativas, entre otras.

2 A este respecto nos parece especialmente interesante el trabajo de Barrera (2005).



cual poco a poco se van perfilando otros sectores que intervienen y que van a complicar toda la dinámica del conflicto. Un cierto grupo de organizaciones intelectuales y profesionales comienza a estructurar una oposición, una denuncia sistemática, que si bien no representa demográficamente algo que se deba temer, muestra una “desagradable” persistencia en sus acciones. Son sectores que tienen condiciones especiales, pues no entran fácilmente en los esquemas de negociación y hacen presente al gobierno la existencia de todo un componente de mediación social que no está bajo su control. La reacción del gobierno es la de insistir en mecanismos tradicionales: negociaciones por diversos frentes, tratar de neutralizar al enemigo más poderoso (los socialcristianos), todo lo cual fue logrado en alta medida. La oposición socialcristiana desde el municipio de Guayaquil fue diluyéndose.

El segundo componente de la estrategia fue una agresiva política para controlar y mo-

nopolizar los recursos que permitían desarrollar obra social. Esto implica un esfuerzo por desacreditar el trabajo de “las fundaciones”, que son la base material desde la cual opera parte de la *intelligentsia* politizada de la capital, pero incluyó también un intento de apropiarse de los recursos de ellas. El caso más claro fue el de la Fundación Mariana de Jesús, que tuvo la virtud de irritar, a una institución que sigue teniendo poder en el país, la Iglesia Católica y de manera más directa la Compañía de Jesús.

Se agrega una estrategia de amenazas y ataques que buscan amedrentar a los disconformes. Pero estas medidas tienen un efecto inverso: la oposición se hace cada vez más abierta, poco a poco se percibe una pérdida de respeto al presidente. Sin embargo, las cosas se demoran en definirse. Las fuerzas políticas que son parte de la nueva alianza tienen esperanzas de llegar a disfrutar los beneficios de la cuota de poder recién distribuida. En el

caso de la oposición tenemos que los social-cristianos buscan presionar para forzar algún diálogo que permita recuperar el control de los hilos del poder. La Izquierda Democrática se ve atrapada en una encrucijada entre buscar negociaciones o participar y organizar una movilización ciudadana. La disyuntiva se refleja en acciones vacilantes aunque de todas maneras a través de la Alcaldía de Quito, la Prefectura y algunas estructuras provinciales, la ID se juega por la manifestación; fruto de ella es la decisión por el paro provincial. Hay un nivel de participación no despreciable, pero la marcha, al tratar de vencer el cerco policial, se muestra como una estrategia y un objetivo que no corresponde ni a los sectores movilizados ni a sus posibilidades reales. Quienes están manifestando no son adolescentes con la energía y vitalidad para correr entre las bombas lacrimógenas. Los manifestantes no están dispuestos a perder sus jornadas de trabajo pero el sentimiento opositor es generalizado. Este se refuerza con la represión y sobre todo con el triunfalismo despectivo del presidente Gutiérrez.

Probablemente, en la tarde de ese miércoles Gutiérrez creyó haber derrotado a la “conspiración” PSC-ID. Lo que la ID mostraba como capacidad de combate parecía haber sido vencida. Pero hay algo que se mueve a otros niveles y a partir de ese momento surge una nueva dirección, casi anárquica, que se diferencia de las organizaciones políticas y que en algunos momentos es anti-partidos políticos. En realidad, se trata de una amalgama en la cual convergen desde los partidarios de una democracia formal, hasta grupos que ven en este momento la posibilidad de impulsar sus agendas (anti-TLC, anti-Base de Manta u otras). Existen sin lugar a dudas otras dimensiones adicionales; el grito de forajidos también tiene elementos de aglutinación identitaria.

Tal vez sea útil explorar ciertas cuestiones en este sentido. Si el término “forajidos” sirvió

para aglutinar a un conjunto amplio y diverso de personas, es por que algo pre-existía y permitía el funcionamiento de los símbolos y de la convocatoria. En los discursos explícitos no vamos a encontrar una base compartida. La palabra central “democracia” es no sólo muy general sino que tiene contenidos muy diversos para diferentes grupos. Pero algo unió a toda esa gran masa que no sólo fue de clase media sino que además incorporó algunos otros segmentos. Hubo sectores de las clases altas, pero también de barrios populares.

Podemos pensar que se desencadenaron otros mecanismos identitarios; una hipótesis puede ser lo regional. La sensación de que existía una amenaza contra la ciudad, que venían grupos -convencidos o pagados- dispuestos a tomarse la ciudad y a castigar a los forajidos.

Puede existir otra, según la cual la alianza de sectores populistas amenaza el discurso que justifica la existencia de una clase media en una ciudad capital. En esa línea, se ataca la producción de un discurso que ordena el mundo a través de la técnica, de la racionalidad, de los principios universalistas que se proclaman éticos. Esta matriz básica no es una ideología específica, sino los presupuestos de cualquier ideología moderna. Es, además, la condición de la racionalidad administrativa de un Estado y es el conjunto de presupuestos que permiten y crean condiciones para desarrollar actividades económicas con ciertas leyes claras. Es decir, son las condiciones de existencia de una clase media. En este proceso en que la clase media sale a defender cierta visión del mundo, cierto discurso, no dejan de existir contradicciones. En efecto, esta clase puede enarbolar los valores éticos de la lucha anti-corrupción. Pero ha aprendido a vivir en una realidad que no se rige por principios ni por valores universales, sino que es particularista. Tal vez no es accidente que el tema que desencadena toda la crisis esté relacionado con el poder judicial, el espacio de

los abogados, de los profesionales, que argumentan principios, procedimientos y normas, pero que en realidad trabajan sobre tales elementos para usarlos, no para defenderlos.

Se podría pensar que convocatorias tales como las de la democracia o de valores tan generales como los de una Corte Suprema de Justicia no eran capaces de movilizar una oposición fuerte. Uno podría preguntarse: ¿cómo van a ser capaces los ecuatorianos y los quiteños de revelarse contra una exacerbación de la corrupción en la Corte Suprema de Justicia, si a eso están acostumbrados, en eso viven y se las arreglan cotidianamente buscando la oportunidad de ese día y el tipo de alianzas que tendrán con cada gobierno para seguir en su línea de acción?

Lo sorprendente e interesante es que eso sí sucedió. La movilización se produjo y no fueron los mecanismos políticos los que la armaron, pero tampoco la trama de lo que se llama la sociedad civil. Las personas se unieron, se citaron, por lo que decía el hermano, el compañero de trabajo, y se comunicaban a través de un lenguaje que además de informal, reclamaba, “derechos” y dignidad.

Las clases medias tienen privilegios en la sociedad ecuatoriana, tienen contactos, tienen derecho a ser respetados, son alguien. Tal vez la amenaza que estos sectores percibieron fue que el nuevo orden que buscaba instaurarse pretendía negarles tal condición, y convertirlos simplemente en instrumentos. Para retomar la metáfora jurídica, se les anunciaba que ya no habría sitio para abogados o para administradores, sino sólo para testaferros, lacayos o tinterillos. Es decir, para servidores del poder que no podían retener un nivel de dignidad propia.

En esta dinámica, probablemente el propio Lucio Gutiérrez tuvo un importante papel en aunar a este grupo que en general es muy disperso; organizó un discurso público que, pretendiendo –y tal vez parcialmente logrando– expresar los sentimientos anti-oligár-

quicos, agrede, descalifica e ignora a estos sectores sociales proporcionándoles la afrenta que necesitan para unificarse.

Sin embargo, hay otras dinámicas adicionales. Gutiérrez crea una situación en la cual termina ofendiendo a las propias Fuerzas Armadas. El episodio del general Gallardo y el regreso de Bucaram carcomen el apoyo de ellas.³ Gradualmente el discurso hacia el presidente se hace más irrespetuoso, los desafíos son más abiertos. La respuesta es de una violencia rival. El ejecutivo organiza su marcha; sus colaboradores anuncian que usarán una violencia paralela. De esta manera se crea un contraste entre el discurso de los que protestan y se rebelan (en el cual se enfatiza la paz, la no agresividad) y el lenguaje de una violencia muy subjetiva de los defensores del gobierno. Esta no es la violencia que le corresponde a la autoridad, no es el ejercicio del monopolio legítimo de la violencia, es la violencia de la banda rival, una violencia que tiene aún menos legitimidad que la de los forajidos.

En el momento en que Gutiérrez opta por el estado de emergencia se ve obligado a dar marcha atrás. Queda claro que tiene escasa autoridad. Se está desarmando el edificio del poder. Es un momento transitorio especial, en el cual el orden normal ha sido abolido, la autoridad no merece respeto, la represión puede ser desafiada y negada. Hay un período para el reino de la pulsión, la dinámica insurreccional, con los contenidos de creatividad y la liberación de *eros* parecen haber encontrado su oportunidad. Esto tiene especial significación para los sectores juveniles que viven una etapa de ajuste, de conflicto y negociación entre su energía vital y el marco normativo de una sociedad que tal vez más que represiva es frustrante.⁴

Esto plantea toda una dinámica frente a la ley. La protesta es en defensa de la ley, pero

3 Esta idea la retomo de Amilcar Alban, comunicación personal.

pronto su dinámica se convierte en la expresión del deseo, de la fuerza de la posibilidad de romper la ley. Una ley fallida, impotente, inconsistente. Entonces aparece en el imaginario la posibilidad y casi la consigna de crear una nueva ley, una ley verdadera, auténtica.

Es por ello que se hace indispensable plantear el tema de la refundación. Refundar es regresar al tiempo mítico, aquel en el cual se crean los parámetros del orden nuevo, pero este orden nuevo, que se anuncia, es un orden que debe cumplir promesas. Pero la realidad exige que la satisfacción pase por un orden social, por límites, por el respeto al otro. Si no estamos dispuestos a asumir esta dimensión del orden, se crea una fantasía de una realidad en la que no hay sitio para la frustración, parece anunciarse el orden de uno goce ilimitado.

La expresión social de tal perspectiva es el florecimiento de las reivindicaciones y la negación de la política. Se trata de una expresión, en negativo, de la increíble capacidad de nuestro régimen para generar exclusión, marginalidad. Es también ilustrativo el lenguaje de la reivindicación, planteado como la necesidad de satisfacción, con el mínimo de mediaciones posibles. Para atender a esta aspiración de acceder a la satisfacción sin el paso por la norma social hay un camino: crear privilegios particularistas. Casi parecería que lo que se produce ante esta quiebra de la norma es un florecimiento de expectativas, de discursos que reclaman no sólo el acceso directo al conjunto de gratificaciones que la sociedad puede proporcionar, sino también un deseo de negar, anular, expulsar a todo aquel que puede representar los límites a ese acceso, o de aquellos que acceden a los objetos gratificantes, en contraste o competencia con las limitaciones del acceso propio. "Todos fuera" puede ser una expresión de esa lógica.⁵

Todo esto es relevante para plantear el marco normativo de la gestión política de la

sociedad. Éste ha sido deteriorado: quienes tenían la responsabilidad de encarnarlo, lo usaron, lo violentaron, lo rompieron. En ese proceso negaron su carácter de ley a la cual incluso la autoridad se sometía. El pueblo la rompió y exigió que de manera ilegal salga un presidente. Así, la posibilidad de una ley misma queda radicalmente fracturada, puesto que se ha convertido en un dispositivo sospechoso del cual lo único que queda claro es que es o puede ser un instrumento para negarnos el acceso a los bienes necesarios y deseados.

Con esto, el contenido central de la ley, en cuanto condición que -limitando- crea la posibilidad del acceso a los bienes, se ha perdido. La ley -o la vida social- como camino, como puente para la satisfacción, ha sido dismantelada. Las dimensiones de este daño son realmente importantes, pues no sólo afectan al régimen constitucional, sino a su misma posibilidad. ¿Es posible creer luego de esto en un régimen de derecho?

Si respondemos que no, que ya no es posible esa esperanza, surge la necesidad de responder a esa ausencia. Para ello, podemos asumir que no sólo que hemos roto la legalidad, sino que nunca existió realmente y nunca existirá. Lo único que nos queda en este mundo de desorden es movernos para buscar los dispositivos para poder acceder a esos bienes. Esto es válido individual y colectivamente. Pero esta salida no es la única. Puede surgir la idea de que deseamos y queremos construir otro orden de legalidad, que se base, en elementos diferentes, por ejemplo en la movilización popular, en la participación de las masas y otras propuestas que buscan agregar al sistema de la ley un componente que le cambie en su carácter, que la hagan más legítima.

El discurso de la nueva democracia tiene dificultades para organizar una propuesta. En ocasiones lo "nuevo" se expresa como una presencia popular, el recurso a la movili-

4 En este tema nos inspiramos en Milamniene (2004).

5 Respecto al análisis del particularismo ver León (1997).



ción, es decir adjetivos, no un contenido. Esta dificultad propositiva nos lleva a sospechar que la búsqueda de la Nueva democracia sirve más para combatir la posibilidad de una democracia simple y concreta que para proponer algo real.

Las argumentaciones de las nuevas democracias recurren con frecuencia a la movilización y presencia directa del pueblo que por sobre las formalidades impone la nueva utopía. La lógica que se crea es la de confrontaciones identitarias que -movilizando la subjetividad- evitan los análisis, la discusión y crean las condiciones de la confrontación violenta. Sospechamos que el riesgo de la violencia se está acumulando en nuestro país, pero en los acontecimientos de abril, tuvimos todavía niveles bajos de agresión: cuando se enfrentan grupos totalmente adversos en condiciones de mucho acaloramiento aparecen mecanismos que reducen la tensión. Hay otra

ley de convivencia que sigue vigente. Hay un *ethos* que incluye un grado de respeto al otro.⁶

Una vez que se ha señalado con claridad que el marco de una convivencia democrática bajo el imperio de la ley no sólo que fue desmantelado, sino que aparentemente nunca tuvo consistencia conviene regresar a la pregunta de cómo entender lo que pasó.

Sugerimos entender los hechos asumiendo que el orden existente es básicamente un orden feudal, un orden en donde el conflicto y la lucha de poderes se juega entre un conjunto de personas que son "alguien", que tienen acceso a los medios de comunicación, que representan poderes, que tienen acceso a recursos, que cuentan con una cierta legitimidad para hablar de derecho, de democracia, de desarrollo.

Este orden tiene reglas; se ejerce el despotismo según criterios que los entiende cualquier

⁶ Un ejemplo es como se salvaron las vidas de quienes disparaban contra los manifestantes en el Ministerio

persona que sabe moverse en el juego, pero que nunca pueden explicitarse. Se trata de un orden con jerarquías, privilegios y muchos fueros. Cada quién debe saber a quién puede atropellar, qué atropellos puede sufrir, y qué apoyos debe buscar para minimizar estos riesgos.

Un sector bastante secundario de los jugadores al poder (Gutiérrez, por ejemplo) logró proyectarse hacia arriba en este juego y se atribuye privilegios que no le son reconocidos. En otras palabras, usa de la arbitrariedad más allá de lo que el poder se lo permitía. Se enfrenta a sectores que tienen más poder, y en su esfuerzo para acumular fuerzas atropella también los fueros y pequeños privilegios de los grupos medios. Esto produce en estos sectores una reacción especial, pues se ven ante la alternativa de armar un discurso universalista, no ya de sus derechos sino de un sistema de derecho. Surge una ventana para plantear un orden social distinto, un orden democrático.

La expectativa prende, muchos se sienten llamados, se unen voluntades que se expresan y fortalecen. Su común denominador es el rechazo al presidente. En este momento entra a operar el mecanismo constitucional real del país. Los círculos del poder feudal realmente importantes decretan la orden para el reciclaje, y se procede a desautorizar al poder. Se busca otro para asignarle la función de enarbolar, el falso simulacro de las leyes y de la constitución.

Cuando esto se ha producido, se ha descubierto la inconsistencia del sistema de la legalidad, se ha desnudado la falsedad de todo el discurso sobre la legitimidad y esta obscena irrupción de la mentira como parte del "orden" es algo que desestabiliza a todo el edificio del poder. Se hace necesario un esfuerzo para regresar a la estabilidad anterior.

En este proceso fue necesario mostrar el discurso de la democracia como si esta fuese

algo importante, como si fuera posible creer en ella. Se creó un escenario en el cual era relevante la toma de posición de las personas que contaban solamente por el hecho de ser personas. Estas características de la realidad que vivimos por unos días, son totalmente disfuncionales con el sistema político que tenemos. Si se hubiesen mantenido, habría sido inevitable un cambio.

Pero las cosas no evolucionaron hacia el cambio, se produjeron una serie de acontecimientos, que están permitiendo con celeridad neutralizar estos elementos que perturban el orden normal de funcionamiento de nuestro sistema político. En primer lugar ha sido necesario sacar del escenario a las personas comunes y corrientes; para ello, los expertos en las técnicas de ocupación del espacio público han desarrollado una intensa labor. Lo importante ha sido regresar a un espacio público y político en el cual lo único que es relevante, son los personajes que se mueven y que actúan entre ellos. Las tesis, las propuestas, nuevamente ya no tienen lugar.

En este proceso hay aspectos a destacar: una de ellas es la ya anotada dinámica de las reivindicaciones. Aparentemente el debilitamiento del sistema de poder marca el momento más adecuado para atacar y obtener desde

de Bienestar Social. Los propios agredidos impidieron un linchamiento.



cualquier lado alguna concesión que permita satisfacer las aspiraciones que todos los sectores sociales sienten. Este dispositivo permite competir en la radicalidad de los reclamos, creando la ilusión de que a planteamientos más radicales, más política es la posición que se está asumiendo. Cuando en realidad el contenido real es otro, y este es el de reconducir los elementos de politicidad que se presentaron en la sociedad hacia el cause inofensivo, funcional al orden real de poder que es la negociación de particularidades, el clientelismo, y la prohibición de pensar y proponer lo verdaderamente político, es decir, lo referente al ordenamiento del conjunto de la sociedad.

Tan importantes como las reivindicaciones son las identidades, el esquema actual -basado en las fragmentaciones- nos propone una transacción: niego a todo el mundo el acceso a la identidad de ciudadano, pero a cambio ofrezco un sinnúmero de identidades particulares, cada una de ellas habla de valores y contenidos especiales y en muchos casos aparentemente superiores. Valores e identidades que pueden presentarse como mejores que los de la ciudadanía común y corriente, pero que resultan falsos, espurios, porque ni tienen la autenticidad de las identidades premodernas -ya que el mundo ya no es el de ellas- y tampoco se convierten en mecanismos de enriquecimiento de una ciudadanía, que no existe.

Afirmar una identidad fundamentalmente ciudadana no es fácil. Exige renunciadas, exige aceptar la situación de ser un cualquiera, exige un sometimiento a normas, exige aceptar los derechos de los otros, sus diferencias, sus cuestionamientos, sin necesidad de fundirse con ellos. En este contexto tal vez podemos entender la apremiante necesidad de muchos sectores para des-comprometerse de una perspectiva democrática y ciudadana. Nuestra percepción es que una vez que surgió la posibilidad de enunciar el tema de la democracia surge la necesidad de volver a expulsarla del espa-

cio público. Para ello es necesario desacreditarla, lo cual es posible a través de varios mecanismos: mostrando las numerosas inconsistencias de su existencia real, desacreditándola frente a utopías aparentemente más prometedoras, reduciendo la explicación de los hechos a la denuncia de los intereses que se movieron tras los acontecimientos o encerrando a los eventos de abril en una simple prolongación de la actividad de ciertos grupos que reclaman la propiedad del movimiento forajido.

El espacio público vuelve a su cauce, los notables han recuperado el control. Con esta dinámica, el conjunto de la población se ha desmovilizado. No tiene mecanismos para permanecer activa frente a lo público. Los mecanismos tradicionales han logrado re-imponerse, re-establecer su hegemonía y así cerrar las perspectivas de cambio. Sin embargo, quedan algunos elementos que no han podido ser cerrados completamente: hay expectativas respecto a la gestión económica y la gestión internacional del gobierno. Muchos ciudadanos saben que lo que ha pasado no satisface nada de sus expectativas, saben que no vivimos en democracia y ha surgido un deseo de llegar a tenerla. Existen hoy día miles de personas que a pesar de que no encuentran una vía clara buscan caminos para ese proyecto. Es cierto que el sistema político tiene como principal objetivo hoy en día decepcionarlos, obligarlos a dejar de soñar, frustrarlos para que regresen a sus casas y dejen el sitio libre a los señores, a los legítimos detentores de los privilegios. El proceso de reforma política anunciado por el gobierno de Palacio no sólo ha sido amenazado por el mismo ejecutivo sino que -sumido en una gran confusión- promete muy poco. Casi nada queda del sueño de construir una democracia.

Pero no es necesario obedecer a estos designios: es posible tomar en serio la afirmación democrática y trabajar porque el afán y el deseo de crear democracia permanezca y de frutos. Para ello podemos pensar, debatir lo

que significan los valores de la ciudadanía y de la democracia en los distintos espacios concretos en los cuales nos desenvolvemos. Hacer evidente que los valores de la democracia están en conflicto con gran parte de la organización de la vida social hoy en día, con la forma de funcionar de las organizaciones, de los servicios básicos.

Pero hay también problemas generales de toda nuestra sociedad que tienen que ser debatidos: el primer problema, que menoscaba toda posibilidad de construir una sociedad democrática en nuestro país porque constituye en sí su negación, y porque es la base que alimenta los mecanismos del clientelismo, es que nuestro país tiene una estructura social basada en una masiva y creciente marginación. Construir democracia es erradicar la marginalidad y es necesario hacerlo teniendo en cuenta que todos los programas asistencialistas han fracasado. Es necesario construir una propuesta que rompa con la tradición desarrollada hasta ahora. Esto implica oponerse a los mecanismos clientelares que han caracterizado la política social reciente. La respuesta no puede ser otra que los servicios básicos gratuitos (salud y educación), de calidad y con carácter universal. Si no somos capaces de asumir esto como objetivo político significa que no somos capaces de asumir los compromisos de la democracia.

Un segundo aspecto se refiere a la necesidad de hacer de la democracia, un tema de reflexión sistemático y serio. Solamente si estamos dispuestos a tomar a la democracia en serio, tan en serio como para hacerla el centro de una propuesta política, podremos cambiar

las farsas que hemos vivido. Si pudiéramos rescatar aunque sea sólo la fe en la ciudadanía que brilló por instantes en abril, podríamos lograr avanzar para ser un día ciudadanos de un país democrático. Estoy seguro que este sueño vale la pena.

Bibliografía

- Barrera Augusto, 2005, "La caída de Gutiérrez: que nadie cante victoria" en *La Tendencia* No. 3, Trama Social, Quito, pp. 9-15.
- Bustamante, Fernando, 2005, "En los arrabales del Estado de Naturaleza", en *Ecuador Debate* No. 64, CAAP, Quito, pp. 49-72.
- Bustamante Teodoro, 2000, "Fuerza y límites de los símbolos", en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* No. 9, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 16-21.
- Guendel, Ludwig, 2005, "Algunas reflexiones de un recién llegado con respecto a la crisis política del Ecuador", manuscrito no publicado.
- Hernández, Raúl, 2000, "La retórica de la democracia, discursos, símbolos y apelaciones durante el golpe de estado del 21 de enero del 2000", ponencia presentada en el Primer Encuentro de LASA sobre estudios ecuatorianos, Quito, junio 2000.
- León, Jorge, 1997, "Entre la propuesta y el corporativismo", en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* No. 2, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 29-39.
- Milmaniene, José, 2004, *La función paterna*, Biblos, Buenos Aires.
- Ospina, Pablo, 2005a, "El peso de la noche. Una perspectiva histórica de la crisis política del Ecuador", en *Ecuador Debate* No. 64, CAAP, Quito, pp. 73-90.
- , 2005b, "El abril que se llevó al coronel que no murió en el intento", manuscrito no publicado.
- Silva, Erika, 2005, "El Coronel y los Forajidos", en *Renovación* No. 7, Cuenca. Ecuador.